



## LA ACADEMIA FRANCESA

Trabajo leído por el Excmo. Sr. Vizconde de Campo Grande  
en la sesión del 16 de Enero de 1894.

Por más que sean bastante conocidos los orígenes y las vicisitudes de la sabia Corporación de la Nación vecina, que puede considerarse *alma mater* de las demás Academias europeas, la reciente publicación en *Le Correspondant* de un artículo de Anatolio Langlois despertó mi curiosidad sobre algunos incidentes en él señalados; y habiendo evacuado sus oportunas citas en los autores á que las refiere, paréceme su estudio, no por méritos del estudiante, sino por la materia sobre que versa, digno de llamar la atención de mis ilustrados colegas; y voy á desarrollarlo brevemente, aunque los materiales para esta construcción sean tan abundantes, que con frecuencia baya interrumpido mi trabajo la dificultad en la elección; tantas son las publicaciones francesas de estos últimos años con respecto á aquella Academia. Y en efecto, sólo en el último quinquenio tenemos: *El Instituto de Francia*, por Mr. Aucoc; *El Instituto de Francia y las antiguas Academias*, por el mismo; *La Academia de Bellas Artes*, por el Conde Enrique de Laborde; y *Una Academia en tiempo del Directorio*, por Jules Simon.

Para introducir algún orden en estos apuntes, necesario será seguir las últimas grandes épocas de la historia de Fran-

cia; indicando el origen de las Academias en el seno de la antigua Monarquía, su breve calvario en el seno de la Revolución y su posterior renacimiento, hasta venir á su estado actual.

Sabido es que la *Academia Francesa* fué fundada en 1635 por iniciativa del Cardenal Richelieu. La de *Pintura* y *Escultura*, aunque inmediata en el orden cronológico, como que nació en 1648, fué colocada después en cuarto lugar, habiéndose considerado como segunda y tercera respectivamente la de *Bellas Letras* y la de *Ciencias*, ambas fundadas por Colbert, aquélla en 1663 y ésta en 1666, ocupando el quinto lugar la de *Arquitectura*, fundada en 1671.

La primera, ó sea la Academia Francesa, tuvo en su origen una organización muy sencilla, componiéndose, como ahora, de cuarenta individuos que, por elección, reemplazaban las vacantes, que tenían que ser aprobadas por el Rey. Sorteos trimestrales designaban el Presidente y Canciller, y se nombraba un Secretario perpetuo, por elección, que debía también ser confirmado por la Corona.

En medio de grandes servicios prestados á la civilización, nació pronto entre estas diversas corporaciones una emulación pendenciera, como sucede siempre entre las que, proponiéndose análogos fines, carecen de la debida unidad; y varias de ellas pretendieron que sus individuos no pudiesen formar parte de las otras, acaso porque juzgaban que, sobre lo difícil que es reunir relevantes condiciones en más de uno de los ramos de los conocimientos humanos, reduciendo, por la doble elección, el número de los Académicos, se priva de esta alta honra á grandes ilustraciones de la patria.

En la primitiva Academia Francesa, según los artículos 1.º y 23 de sus Estatutos, las condiciones de ingreso eran: ser aceptado por el Protector (Richelieu), de buenas costum-

bres, de buena reputación, de buen talento, á propósito para las funciones académicas, y no Haber empleado en sus escritos términos libertinos ó licenciosos, que pudiesen ser equívoca ó malamente interpretados; y como los solicitantes-trataban de conseguir anticipadamente los votos, en unas-Academias por costumbre y en la Francesa por un acuerdo solemne, se comprometieron á conservar libre el sufragio-para el día de la elección, en que el Director les advertía que, si alguno lo había comprometido, no se reconocería como válido; basta el punto de que el mandato, sino su cumplimiento, tuviese confirmación en el Reglamento de 1752, disponiendo que se participe al Rey, en el caso de que alguno haya violado este precepto.

Las *Academias de Ciencias y de Bellas Letras* exigían también para los elegidos buenas costumbres y probidad reconocida, prohibiéndose, como en la Francesa, la entrada, en ellas del Clero regular; y estas condiciones se aplicaron por punto general á las demás Academias.

Nacidas al calor de la Monarquía, no pensaron estas corporaciones en manifestaciones de oposición política de ningún género en sus primeros tiempos, ni era posible cuando la primera condición de los elegidos era la de ser agradable al Protector. Si alguna vez, en el reinado de Luis XIV, no siguieron las indicaciones de la Corte en sus elecciones, debióse á luchas de Académicos entre sí, á querellas literarias, y sobre todo á algo á que no damos toda la importancia que merece, y que resuelve á menudo las más graves cuestiones, á saber: la lucha entre la generación que se va y la que llega á ocupar su puesto en la vida pública. Más tarde vino la lucha de los salones rivales del tiempo de Luis XV, y entonces la malicia, como siempre superior á la maldad, ha creído ver á la Academia entregada á los salones de

Mad. du Deffaud ó de Mile, de Lespinasse, ó á la voluntad de Mad. de Pompadour, como lo estaba casi toda la alta sociedad francesa. Se acusó también á la Academia de aquellos tiempos de haber retrasado la admisión de Bossuet, de Fléchier, de La Bruyère y de Voltaire; pero lo cierto es que todos ellos lograron su entrada en la Academia, como iremos viendo que la lograron igualmente, si no todos, porque esto sería imposible, la mayor parte de los hombres más ilustres de cada generación.

Pero llegó la Revolución de 1789, y las Academias, como todo lo grande que antes de ella existía, tuvieron que participar de la honra de su oposición; honra acaso merecida, porque muchos de sus miembros habían participado también del espíritu político, contrario á la Monarquía, y del espíritu religioso, contrario al Catolicismo.

Empezóse, como siempre, por pedir reformas para acabar por la destrucción. *La Constituyente* se contentaba con reemplazar las Academias con un Instituto nacional, porque tal como aquéllas estaban constituidas se las creía una aristocracia de la inteligencia, complicada con aristocracia política, según manifestó el diputado Lanjuinais en una discusión sumamente curiosa por los personajes que en ella intervinieron y la circunstancia de haber pasado después á ser Académicos; como Lebrun, que las defendió entonces, prometiendo que nunca pertenecería á ellas; el Abate Gregoire, que aseguraba (1790) que estos establecimientos constituían la gloria de la Nación, y que tres años más tarde presentó á la *Convención* un proyecto de decreto suprimiendo todas las Academias dotadas por el Estado, sin embargo de lo cual hizo que el Directorio le nombrase Académico en 1795, olvidando sus discursos anteriores, en los que proclamaba que el verdadero genio residía entre los

*sans-culottes*, y que si las Academias habían prestado algún servicio Había sido cuando se trató de abrir los primeros surcos en los estudios de la antigüedad, pero que esta era una mina enteramente agotada.

No es extraño, sin embargo, que así hablase Gregoire en la Convención mientras no era Académico, cuando el pintor David, que ya lo era, dejándose llevar del espíritu exagerado y grosero, propio de todas las demagogias, habló en general del *animal que llaman Académico*, y después de obtener la supresión de las Academias, consiguió que los concursos de pintura se decidiesen por el Procurador de la *Commune*, por un matemático *sans-culotte* llamado Hasenfratz y por el zapatero Hazard.

Todo esto era muy del gusto de la Convención, que si no dudó en suprimir las Academias, dudó menos aún en poner sus bienes bajo la vigilancia de las autoridades constituidas.

Tuvieron, sin embargo, estas Corporaciones el raro privilegio de ser las últimas, entre las instituciones antiguas, que fueron destruidas y las primeras en ser restauradas.

En efecto; en Agosto de 1793 se derribaron, como entonces se dijo, los sillones académicos, y antes de dos años, ó sea el 23 de Junio de 1795, Boissy-d'Anglas, en el preámbulo del proyecto de Constitución, pedía que se crease un *Instituto nacional* para vigilar todos los tesoros de imaginación, de talento, de meditación y de estudio que París ofrece á la admiración de Europa, para conservar los monumentos de Artes y de Ciencias, y fijar así el resultado de las concepciones del espíritu humano; y conformándose con esta proposición, la misma Convención que las había destruido reconstituyó las Academias en el *Instituto*. ¿Fué esto hijo de la necesidad que sienten los pueblos, de levantar el espíritu sobre las pasiones materiales, como las que enton-

ees dominaban en Francia? ¿Fué ambición de los hombres influyentes para reemplazar á los grandes nombres que habían figurado en las Academias, como los capitanes del Imperio pretendieron después sustituir á los duques de la antigua Francia? Yo creo que ambos motivos contribuyeron á ello. De todos modos, era necesario vestir el suceso á la moda del tiempo, y el Ponente de la ley, organizando el Instituto, Daunou, pretendía negar sus relaciones con las antiguas Academias, y decía que el Instituto estaba destinado á obscurecer con su esplendor las Academias de los Reyes, como las glorias de la Francia republicana obscurecían ya las épocas más brillantes de la Francia monárquica.

Y buscando medios de distinguirlo de lo antiguo, se determinó la unidad del Instituto, dividido en tres clases, todas las cuales habían de contribuir á la elección de todos los Académicos. La clase primera era la de Ciencias; seguía la de Ciencias Morales y Políticas, comprendiendo la Filosofía con el nombre de Análisis de las Sensaciones y de las Ideas, la Moral, la Legislación, la Economía política, la Historia y la Geografía. La tercera comprendía la Gramática, las Lenguas muertas, la Poesía, las Antigüedades y los Monumentos, la Pintura, la Escultura, la Arquitectura, la Música y la Declamación.

Cuando el 6 de Diciembre de aquel año el Ministro del Interior del Directorio, Bónzech, instaló el Instituto con 48 Vocales, por el mismo Directorio nombrados, la ceremonia tuvo lugar en el Louvre, en los mismos salones de la antigua Academia, y el Presidente hizo notar que aquella Corporación demostraba que, después de dos años, que habían sido dos siglos de barbarie, era todavía Francia la que presentaba mayores celebridades en las Ciencias y en las Artes.

Dos hechos se observan en el nombramiento de los nuevos Académicos: de una parte, que el Gobierno repone á muchos de los antiguos; y de otra, que ingresan en la nueva los que más opuestos se habían mostrado á esta clase de Corporaciones, pudiendo servir de ejemplo el pintor David, cuya grosera expresión hemos referido, y que en esta reorganización no se contentó con entrar en una sola clase, sino que entró en dos.

Comprendiendo que la naturaleza humana suele ceder ante las luchas violentas y continuadas, se ha creído que muchos individuos pretenden, con su oposición á las Academias, alcanzar un sillón en su seno; mas para conseguirlo es necesario que á la oposición acompañe el verdadero mérito; porque si se pueden abrir las puertas del templo de los Inmortales ante los ilustrados, suaves y simpáticos tonos de un Velisla, no es posible que esto suceda ante los brutales y cursis gritos con que algunos pretenden *escalar* el edificio.

Pero todo se resentía del despotismo de aquella época, y cuando en 1797 tuvo el Directorio su golpe de Estado, fueron rayados cinco Académicos, y el joven General Buonaparte ocupó la silla de Carnot, que le había ayudado al principio de su carrera. Mucho ostentó entonces Napoleón el título de miembro del Instituto, que se lee en sus proclamas de Egipto, de vuelta de cuya expedición se presentó en la Sección á que correspondía, donde fué vivamente felicitado.

Después reorganizó el Instituto, pero quiso disponer de él como cosa propia, habiendo encontrado allí verdaderos aduladores, sobre todo entre los antiguos convencionales.

Lo ocurrido con el Vizconde de Chateaubriand da la medida de lo que dejamos expuesto. Este célebre escritor, soldado de la emigración, fiel á sus reyes naturales, acusador en la muerte del Duque d'Enghien, fué elegido miembro del

Instituto, por mayoría, en 1811, después de publicar su *Itinerario*, á poco de haber causado la admiración de Europa con los *Mártires*, y en medio de la controversia que excitaba el *Genio del Cristianismo*; y Napoleón, á quien todo aplauso á otros dirigido le parecía una usurpación á su persona (achaque bastante común á todos los mimados por la gloria, que tienen en poco ser grandes si no son únicos) al examinar el discurso de ingreso, que ya había sido rechazado por los Censores del Instituto, antiguos republicanos, asustados con las ideas de libertad verdadera que contenía, con la censura del regicidio y con los aplausos á los fieles á la antigua dinastía, manifestó que si aquel discurso se hubiera pronunciado tal como estaba escrito habría suprimido el Instituto y arrojado á su autor á un calabozo. Añade el interesado en sus Memorias, que cuando le devolvieron el manuscrito, traía con sus tachas y supresiones las señales de las garras del león; y por cierto que este discurso, publicado íntegro en las *Memorias de Ultratumba*, discurso que su autor juzga como uno de los mejores títulos de la independencia de sus opiniones y de la constancia de sus principios, me parece de lo más flojo de su autor, á este respecto; de modo que su mérito sólo puede medirse por la crudeza de los tiempos.

La Restauración creyó que debía devolver al Instituto el número y la forma de las antiguas Academias, y obedeciendo á la delación del Secretario perpetuo Suard, que habiendo sido muy revolucionario manifestaba el indiscreto celo de todos los convertidos, hizo un expurgo de Académicos, borrando cinco de la de Inscripciones y Bellas Letras, uno de la de Ciencias y dos de la de Bellas Artes; siendo de los más ilustres entre los excluidos, aunque no de los más interesantes, por lo que de él dejamos dicho, el pintor David.



Desde entonces disfrutó la Academia una vida tranquila, hasta que en los últimos años de la Restauración empezó á demostrar cierto espíritu liberal, abriendo sus puertas á Royer-Collart y á Barante y empezando á tolerar, aunque á duras penas, el romanticismo con el nombramiento de Mr. de Lamartine; llegando á identificarse con el Gobierno durante la Monarquía de Julio, en cuyo tiempo casi todos los hombres de Estado importantes tuvieron entrada en el Instituto, y los escritores románticos fueron poco á poco ganando terreno, entrando Víctor Hugo en 1841, después de tres tentativas infructuosas, por 17 votos contra 15; costándole cuatro derrotas á Alfredo de Vigny el ingresar en 1845, y quedando fuera de las puertas de la Academia Alejandro Dumas, el viejo, y Balzac.

Cumpliendo el Instituto su natural misión de ser un correctivo á las exageraciones de los tiempos, se refugió después en las ideas conservadoras y religiosas, y entonces llamó á su seno, entre otras notabilidades de la misma escuela, á Mr. Dupanloup, al Padre Lacordaire, al Duque de Broglie, á Montalembert, Berryer y de Falloux; así como para contrarrestar el espíritu autoritario de Napoleón IH, manifestó después su deseo por el restablecimiento del régimen parlamentario, lo que predispuso al Emperador, no sólo en contra de la Academia de Ciencias morales y políticas, sino de las demás secciones del Instituto, y dio lugar á los Decretos imperiales de 14 de Abril de 1855 y 13 de Noviembre de 1863; el primero de los cuales privaba á todas las Academias del derecho de redactar sus reglamentos para las sesiones públicas, y daba al Gobierno intervención directa en el nombramiento de los Académicos y en la composición de los jurados para la distribución de premios; pero habiendo resistido enérgicamente el Instituto estas disposi-

ciones, el Gobierno se avino, no á derogarlas, sino á darles una interpretación que indirectamente las derogaba.

El Decreto de 13 de Noviembre de 1863 iba dirigido contra la Academia de Bellas Artes y la Academia de Francia en Roma, desposeyendo á aquélla de sus antiguos privilegios en relación con la segunda, para la cual elegía los profesores, decidiendo además del mérito de los discípulos. Estos, al saber la variación, armaron algaradas en Roma contra el Director y contra el nuevo Profesor Viollet-le-Duc, que se les había enviado por el Gobierno, al mismo tiempo que el Emperador, según se dijo por entonces, atribuía el mal resultado de este Decreto á haber sido firmado en día 13. Desde entonces hasta el fin del Imperio, la Academia de Bellas Artes tuvo que renunciar al placer de coronar á las nuevas generaciones de artistas; pues aunque acudió al Consejo de Estado, éste, con buen acuerdo, no admitió la demanda, porque se trataba de *poderes delegados* y no de *derechos* propiamente dichos.

Entretanto, en el nombramiento de nuevos individuos de la Academia se veía el alejamiento de ésta del Gobierno, siendo nombrado Prévost-Paradol en 1865, y en 1867 Jules Favre y el Padre Gratry, por una transacción entre los partidarios de uno y otro. Por entonces fueron nombrados también el Conde d'Haussonville y Augusto Barbier, lo que llenó la medida del disgusto del Emperador, hasta el punto de dispensarlos de su visita tradicional á Palacio; pero todo esto cambió de faz cuando el Mensaje de 11 de Julio de 1869 estableció el Gobierno parlamentario, y para suceder á Lamartine reunió Emilio Ollivier, Presidente del Consejo de Ministros, la casi unanimidad de los sufragios.

Mr. Thiers y su Ministro de Instrucción pública Jules Simon, ambos miembros del Instituto, derogaron en 13 de

Noviembre de 1871 el Decreto que había desnaturalizado la Academia de Bellas Artes, y desde entonces las relaciones del Instituto con el Gobierno no señalan hechos notables ni marcadas hostilidades.

Recorrida como queda la historia del Instituto de Francia en sus relaciones externas, parece natural agregar á este estudio la enumeración de los medios materiales de existencia que el Gobierno y los particulares le vienen proporcionando.

La primera disposición que se encuentra á este respecto son los Reglamentos de la Academia de Ciencias y de la de Inscripciones y Bellas Letras de 1701, por los cuales se le concedió á los Académicos *jetons* de presencia, ó sea una ficha por sesión, que representaba 30 sueldos (seis reales), y que cuando se duplicó en 1785 hizo acusar al Gobierno de despilfarro, á pesar de que, habiéndose asignado en 1717 á los Arquitectos de primera clase que fuesen Académicos, un Luis de 11 francos por sesión, se rebajó á una *pistola* en el citado Reglamento de 1785, repartiéndose en todos los casos la remuneración de los ausentes entre los que hubiesen llegado á la Academia en la primera media hora de la sesión.

Reñida fué la batalla que se dio en 1795, al establecer el Instituto, sobre si los Académicos debieran tener ó no remuneración, y el Mensaje del Directorio Ejecutivo al Consejo de los Quinientos, trata esta cuestión con una extensión tal y tan altisonantes párrafos, que no tienen relación con el corto haber de dos mil libras que pretendía para cada Académico. La Asamblea de los Quinientos, y después el Consejo de los Ancianos, sólo concedieron mil y quinientas libras.

Al año siguiente, 1796, adoptándose una forma de pago

que también se aplicó á otros servicios, se dijo que cada miembro del Instituto recibiría directamente una indemnización anual del valor de 750 miriagramos de trigo (que son 75 quintales métricos), y 150 miriagramos más á repartir entre los asistentes; lo que no deferiría mucho, según los precios de aquellos años, de los 1.500 francos que señaló el primer Cónsul en 1802, y vienen percibiendo desde entonces, con 6.000 los Secretarios perpetuos, donde se conservan.

El reparto se hace en casi todas las Academias dando á cada uno de sus individuos una indemnización directa de 1.200 francos, y repartiendo los 300 restantes de cada cual entre los asistentes á las sesiones.

Dos excepciones hay á esta regla: la Academia Francesa sólo reparte 1.000 directamente, dedicando, como las demás, 300 á los asistentes, y formando con los 200 que restan, un fondo de 8.000 francos, con el que constituye ocho pensiones de á 1.000, que concede alternativamente á los más ancianos y á los que cuentan mayor antigüedad en la Academia. Esta pensión es la única renunciable; pero se dan muy pocos casos en que haya sido renunciada.

La segunda excepción es la Academia de Bellas Artes, porque en ella los Académicos octogenarios cobran toda la pensión, aunque no asistan á las sesiones.

Después de hablar de la remuneración de los Académicos, paso á exponer, siquiera sea ligeramente, los medios pecuniarios de que disponen para llevar á cabo sus altos fines de dirigir y propagar todas las manifestaciones de la inteligencia humana.

Además de las conocidas fundaciones de Mr. de Montyon y de la gran propiedad de Chantilly, hay 150 fundaciones de premios que producen cantidades importantes: las que se

hicieron en favor del Instituto, ó sea de todas las Academias reunidas, alcanzan á 40.000 francos de renta anual; las de la Academia Francesa, 120.000; las de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, 30.000; la Academia de Ciencias, 160.000; la de Bellas Artes, 90.000; la de Ciencias Morales y Políticas, 61.000.

Este medio millón de francos de renta, voluntariamente concedido á las Academias, demuestra la convicción que se tiene de los beneficios que irrogan, mayores aún cuando tienen que corregir los desbordamientos de la multitud que cuando corregían las demasías del Poder; y nadie está tan convencido como los demócratas ilustrados, de la necesidad que la democracia tiene de apoyarse en la aristocracia de la inteligencia.

Al dar fin á estas indagaciones, reconozco de buen grado que son incompletas; porque después de describir la parte externa de las Academias y su composición, correspondía entrar en el estudio de los grandes beneficios que prestaron á las Ciencias y á las Artes con sus informes y en sus discusiones, así como en el reparto de sus valiosos premios, y estudiar más detalladamente todo lo que se refiere á la Academia de Ciencias Morales y Políticas, nuestra hermana; pero me parece más conveniente encomendar este trabajo, en sentido de humilde súplica, á nuestro ilustrado y laborioso compañero el Doctor Salva, hace tiempo encargado del estudio de las Sesiones y trabajos de la última citada Corporación, que en realidad necesita un estudio aparte; porque apenas coexistió en lo antiguo con sus compañeras, no teniendo por entonces vida legal sino en el corto espacio que medió desde la organización del Instituto en 1795, hasta siete años más tarde, en que Napoleón, primer Cónsul, en su recelo contra los llamados ideólogos, suprimió esta clase, que

la Restauración no hizo renacer, porque se disputaba por entonces si la Política era ó no una ciencia, confundiéndola con el arte de gobernar. Rectificada la opinión, la Monarquía de Julio restableció la clase de Ciencias Morales y Políticas en 1832, á propuesta del Ministro Guizot, y desde entonces continuó sin interrupción sus excelentes trabajos.

Si logramos que nos los describa el Sr. Salva, esta y aquella Corporación estarán de enhorabuena.

Madrid 20 de Diciembre de 1893.

*El Vizconde de Campo Grande.*